

RICHARD MOUNTAIN

**CUENTO N° 108**

**TITULO: UN LARGO ROMANCE**

**SEUDÓNIMO: RICHARD MOUNTAIN**

**AUTOR: MANUEL RICARDO SERRANO SANTIS**

## Un Largo Romance

Aquel domingo de septiembre, Horacio se levantó a temprana hora de la cama sin que nadie lo hubiese apresurado. Levantarse a las seis de la mañana era un ritual que venía efectuando, por aproximadamente diez años, desde el día que Mónica enfermó.

El hombre se puso su bata y comenzó a buscar una de sus pantuflas debajo de la cama, maldiciéndose por haberla tirado tan lejos la noche anterior. Una vez encontrada aquella, se dirigió en dirección al baño. Frente al espejo observó su imagen y de manera jactanciosamente pensó que estaba de buena forma para sus setenta años. Pasó su mano por su barbilla y comprobó que los tres días en que no se afeitaba, habían producido su efecto en su áspera e incipiente barba blanca. Sin dudar lo tomó la lata de la espuma de afeitar, esparciendo la crema sobre su rostro, para enseguida comenzar su rasurada. Terminado su rasurar, abrió la llave de la ducha y luego al comprobar que el agua salía a la temperatura que él requería, se introdujo en ella.

Una vez aseado, se dirigió a la cocina y abrió el refrigerador, sacando varios comestibles para acompañar a su irrenunciable taza de café. Horacio observó los alimentos no decidiéndose que desayunar esa mañana. Al hombre le encantaba comenzar el domingo haciéndose unos huevos revueltos, pero en ese instante no apetecía de esa rica fuente de proteínas. Momentos después guardaba todo de nuevo en el refrigerador, quedando únicamente arriba de la mesa, el recipiente que contenía la mermelada de mora.

Después de desayunar, comenzó a ordenar la casa. No había demasiado que hacer, solo extender su cama y lavar los pocos utensilios que había utilizado. Vivir en solitario tenía esa ventaja para él, no obstante Horacio anhelaba que volvieran los tiempos, en que debía ordenar todos los desastres que Mónica dejaba en el hogar. En aquel nefasto periodo no le importaba ordenar los muebles, barrer pedazos de loza o recoger las infinidades de cosas que su esposa dejaba desparramadas por todo el lugar.

Se acompañaba en su rutinario quehacer, con melodías que emanaban de un receptor de radio. Alegrementemente Horacio tarareaba alguna que otra canción que le recordaban épocas pasadas y se acompañaba del escobillón como una inusitada compañera de baile. Una de las canciones dejó al hombre abstraído. Esa canción que revoloteaba en aquel instante en el aire hogareño era su favorita. Era la canción que había dedicado a Mónica en su fiesta de cumpleaños, el día que la mujer conmemoró sus dieciochos años. Horacio advirtió que había transcurrido mucho tiempo de ese inolvidable momento, cuarenta y ocho años para ser exacto y a pesar del tiempo transcurrido, aún mantenía fresco ese grato recuerdo en su memoria.

Como los granos en un reloj de arena, los recuerdos de casi toda su vida en compañía de Mónica, fueron uno a uno pasando de manera grata en su mente. El término de la melodía coincidió con el recuerdo más lamentable de su existencia, la época en que Mónica lentamente fue consumida por el Alzheimer.

Al recordar ese momento, Horacio arrojó lejos la escoba que tenía en sus manos y comenzó a maldecir esa enfermedad, a la cual culpaba de haber apartado a su esposa de su lado. El receptor de radio ya estaba emitiendo otra melodía, pero Horacio siguió taciturno en sus pensamientos. Su mente trataba de rechazar los recuerdos amargos de los últimos años. Con sus manos aferradas en su cabeza, Horacio hacía esfuerzos para que esos últimos recuerdos desaparecieran. No deseaba recordar los bruscos cambios de humor, la irritabilidad, los desesperantes gritos, como también las agresiones verbales y físicas que sufrió de parte de Mónica, producto de esa enfermedad. Horacio deseaba solo rememorar su hermoso romance.

El sonido de la campanilla del teléfono sacó al hombre de la abstracción en el cual había quedado. Miró el visor del aparato y comprobó que era su hijo mayor el que estaba llamando. Al ver el nombre de su primogénito no deseó contestar. El hombre sabía que cualquier tema de conversación con su familiar terminaba de mala manera, ya que siempre le reprochaba la decisión que aquel había tomado, en conjunto a sus otros dos hermanos, de internar a Mónica en

un hogar. A pesar de su deseo de no contestar la llamada, una breve plática sostuvo Horacio con su hijo.

Una hora después, Horacio estaba en las afueras de su hogar. El hombre percibió que esa mañana de primavera estaba muy placentera, en contraste a los días anteriores, en los cuales le parecía que el crudo invierno no deseaba retirarse. El hombre aspiró profundamente el fresco aire matutino, para enseguida mirar por unos segundos su automóvil. El hombre observó su reloj, luego contempló la calle casi desierta y procedió a cerrar la puerta del carro para comenzar a caminar por la vereda.

A cada persona que cruzaba por su camino, Horacio saludaba amistosamente y a sus conocidos, daba unos segundos de su tiempo para una breve conversación. En el quiosco de la esquina se detuvo y después de leer los titulares de los periódicos, compró un ejemplar, el cual puso bajo su brazo izquierdo, para enseguida seguir su trayecto.

Al poco rato, tres cuadras después, el hombre se detuvo en una florería callejera. El florista al percatar su presencia preparó, sin haber recibido petición alguna, un ramillete el cual entrega de inmediato al anciano. Horacio quedó mirando el pequeño ramo y advirtió que el color amarillo de los tres girasoles que lo conformaba, contractaba fuertemente con el vistoso papel celofán verde que los envolvía. El curioso contraste le encantó al hombre, agradeció al dependiente y prosiguió su andar.

Horacio a cada momento observaba los girasoles y de vez en cuando se tomaba su tiempo para oler el aroma de las flores. El fresco aroma de aquellas, le produjo quedar sumido en un recuerdo por breves segundos. El hombre evocó la vez primera que había obsequiado a Mónica esas bellas flores. Una sonrisa apareció en su rostro, al recordar cómo le había encantado a su mujer aquel acto de galantería de su parte. Un episodio de su juventud que no había tenido una causa especial, sino que brotó esporádicamente de un momento a otro. Desde aquel día, regalar tres girasoles a Mónica se volvió una costumbre de su parte y si esa costumbre, en algún momento era olvidada, rápidamente

era recordada por su esposa para que volviera a retomarse. La sonrisa siguió dibujada en el rostro del hombre.

Un cuarto para las once de la mañana, llegó Horacio a las puertas del hogar de ancianos. Antes de ingresar, el hombre se detuvo y sobre un escaño dejó el periódico y el ramillete de girasoles y comenzó a ordenar meticulosamente su vestimenta, al reparar que todo estaba bien se adentró al establecimiento. Al pasar por la recepción, dos asistentes que estaban detrás de un mesón lo saludaron amistosamente. Horacio percibió que, en las cortas palabras de esas mujeres, se entremezclaban la amabilidad como también la compasión, de igual modo el hombre devolvió caballerosamente el saludo.

Horacio se dirigió directamente hacía el comedor. Al llegar al lugar comprobó, que de las ocho mesas que complementaban esa dependencia, como siempre siete de ellas estaban ocupadas por los residentes del hogar y que la mesa de mejor ubicación, que ostentaba una privilegiada vista al verde jardín lo esperaba pacientemente para que fuera ocupada por su persona. El anciano comenzó a saludar con su mano en alto a todos los comensales y una alegre sonrisa en su rostro se dibujó, al notar que todos ellos con señales en sus manos, le expresaban diversos signos de optimismo. Horacio devolvió feliz las muestras de cariño a cada uno de ellos, para enseguida proceder a sentarse a un lado de la mesa disponible.

Impaciente el hombre miró su reloj, comprobando que faltaban pocos minutos para las once de la mañana. Miró a través del amplio ventanal el cuidadoso jardín y advirtió que el viejo durazno ya estaba floreciendo con hermosos brotes de color rosado, como también que en las ramas del longevo árbol, habían dos gorriones trabajando en la confección de un precario nido. El hombre no tenía duda alguna que la primavera ya estaba pronto a llegar.

Exactamente a las once, dos asistentes del hogar ingresaron al comedor. Horacio vio que esas mujeres ayudaban en su caminar a Mónica, a llegar a la mesa en la cual él se encontraba. El hombre, mientras las tres mujeres caminaban hacia él, observó con resignación a su esposa, comprobando que cada vez su amada compañera estaba, en su semblante, cada vez más acabada. Horacio comprobó que la maldita enfermedad no tenía curación y que por el avanzado deterioro de su amada, los diagnósticos de los médicos posiblemente tenían razón, al darle a Mónica a lo máximo un año más de vida. El hombre quedó pacientemente esperando a que las mujeres llegaran a su lado.

Una vez sentada Mónica, Horacio observó que la mirada de la mujer quedó fija en el naciente follaje del jardín, comprobando que la mente de su amada estaba en cualquier sitio menos en aquel lugar. El anciano constató que la mujer estaba tranquila. Horacio sabía que ese estado de sosiego de Mónica, pasaba siempre en las mañanas y que con el transcurrir de las horas del día, su condición mental comenzaba a hacer estragos en su persona.

El hombre miró los girasoles, para enseguida observar con toda ternura a la mujer. Horacio sabía que debía aprovechar esos escasos, como preciosos momentos, para acercarse a la compañera que tanto había amado en su vida. Sabía que debía acercarse a Mónica como un completo extraño. Un extraño que cada domingo, por escasos minutos, debía intentar hacer renacer ese largo romance que había sostenido con su amada. Horacio estaba seguro que podía lograr ese objetivo, como tantas veces ya lo había conseguido en el último tiempo.

Una sonrisa de entera satisfacción apareció en el rostro de Horacio, al contemplar que su único amor de la vida, aceptaba gustosa los tres girasoles.

**FIN**